

a teaching post; the instrumental use of Kepler in Hegel's criticism to Newton emerges, for whom "l'harmonie, la reminiscence et les archetypes képlériens constituaient ainsi à la fois les conditions de possibilité de la connaissance de la nature, en même temps qu'ils maintiendraient une distance entre philosophie naturelle et theologie" (p. 364).

The volume closes with a documentary appendix, consisting of two "Sources inédites". The first, edited by Nicolas Roudet, proposes the edition of two unpublished Helisaeus Roeslin's horoscopes; the second, edited by Friedrich Seck, gathered a handful of letters written by Kepler or addressed to him. This appendix is a proper conclusion to pay tribute to a scholar like Miguel Ángel Granada, whose talents as a historian are combined with those of a philologist. ■

Alessandro Ottaviani

Università degli Studi di Cagliari

ORCID 0000-0001-7819-2450

Alfred Garcia Femenia. Un país de lletrats i analfabets. Pràctiques d'escriptura en el llindar de la modernitat. València: Publicacions de la Universitat de València; 2024. 200 p. ISBN 9788411183291. 18 €

Hoy en día la gran mayoría de los españoles sabe escribir, con mayor o menor calidad según los casos. Para muchos es algo menor, que se da por hecho. Obviamente no siempre ha sido así. El libro de Alfred García Femenia estudia un periodo, el paso del otoño medieval al Renacimiento, en que la lectoescritura estaba en manos de unos pocos y era una herramienta de promoción social, deseada por muchos, pero no al alcance de la mayoría.

La historia nunca es simple y está llena de grises. ¿Qué significaba ser analfabeto? ¿Quién podía leer y escribir en el ocaso medieval? ¿Qué uso se hacía de la escritura? Son preguntas a las que este libro se enfrenta y que, obviamente, no tienen una respuesta fácil. Para resolverlas, el autor ilumina con su investigación fragmentos de las vidas de millares de personas que redactaron albaranes para dejar constancia de un pago. Estos documentos justificativos siguen una estructura más o menos fija y permiten desarrollar una compleja investigación sobre los distintos grados de alfabetización de un amplio conjunto de la población. Carpinteros, notarios, campesinos, gentes de todo tipo, se vieron obligados a

redactar este tipo de documentos cuando trataban con ciertas administraciones, especialmente las asistenciales, cuyos administradores llevaban detallados libros de cuentas. En total, la investigación analiza la asombrosa cifra de 21.180 albaranes, la mayoría del Reino de Valencia, aunque no se dejan de lado los demás territorios peninsulares de la Corona de Aragón y Mallorca.

El libro está organizado en cinco capítulos y un epílogo, precedidos por el prólogo y la introducción. Cierran el volumen un apéndice documental —con imágenes en color de varios documentos, muy útil para entender conceptos relativos al tipo de escritura y habilidades gráficas— y la bibliografía.

El primer capítulo introduce al lector en la fuente objeto de análisis, los albaranes, mediante la explicación de un marco teórico de referencia en el que se sitúan, entre otros, los trabajos de los ámbitos italiano y valenciano, referentes de este tipo de investigaciones.

El segundo capítulo analiza el concepto de “delega gráfica”, es decir, la petición de escribir el albarán a un tercero. Mediante el dictado del texto, principalmente a un amigo o familiar, los legos en letras participaban en el proceso de escritura. Aunque el dictado no solo era una herramienta de los analfabetos, también notarios o maestros de gramática, entre otros, recurrián a ella cuando, por enfermedad, ausencia o simple mala letra, no podían redactar el documento. A partir de este análisis, se sacan conclusiones muy interesantes sobre la distribución socioprofesional y la procedencia geográfica de los analfabetos. Curiosamente, la mayoría de albaranes analizados fueron escritos por religiosos y personal hospitalario, no por notarios u otros profesionales de la letra, a quienes se evitaba recurrir porque exigían un pago. Las instituciones asistenciales, de donde proviene una parte importante de la muestra documental, ofrecían este servicio a sus proveedores. Por ejemplo, entre los albaranes aparecen los de las nodrizas del Hospital General de Valencia, que enviaban a sus maridos a recoger el pago por criar a un expósito.

El tercer capítulo analiza las diferentes opciones para aprender a leer y escribir entre los siglos xv y xvi. Se empezaba a percibir la educación como una herramienta indispensable para la promoción social, creando un trinomio inseparable entre juventud, educación y provecho; y se traducían obras a las lenguas vulgares para eliminar las dificultades de acceso impuestas por el latín. Además, los estados modernos se sustentaban en buena medida sobre el papel. Sus necesidades administrativas se cubrieron gracias a los profesionales salidos de las escuelas creadas en las principales villas del reino. Quienes no podían pagarse un preceptor acudían primero a los centros de primeras letras y, después, a los de gramática latina. A partir de aquí, el autor nos introduce en estos espacios,

en sus protagonistas, docentes y alumnos, y en las herramientas utilizadas para aprender. Era un aprendizaje basado en la memoria y en la copia repetitiva de palabras, frases y máximas religiosas.

A pesar de la voluntad reguladora, en los albaranes estudiados hay, no obstante, importantes muestras de oralidad, expresiones e idiomas que se mezclan en un único documento: lo que, acertadamente, se ha denominado “el lenguaje del caos”. Catalán, castellano, aragonés, italiano, flamenco y árabe son algunos de los idiomas documentados, lo que constituye una muestra de la gran riqueza idiomática de la Valencia del siglo de oro.

El cuarto capítulo se centra en la minoría letrada que participó en la escritura de los recibos con mayor o menor calidad de letra, y algunos únicamente firmándolos. Realmente se trataba de un grupo reducido, pues los 21.180 documentos estudiados fueron redactados por 4.345 escribientes. Se analizan sus trazos, las abreviaturas, la caligrafía —gótica o humanística, según el caso—, etc. para dibujar cuatro categorías a partir de la habilidad gráfica de cada mano: quienes tenían un conocimiento “elemental”; los que escribían de forma “usual”, es decir, con fluidez y sin trazos temblorosos, que representan la gran mayoría de la muestra; los que poseían una habilidad “pura” y utilizaban formas más cercanas al canon establecido; y, finalmente, quienes tenían una habilidad “profesional” derivada de su oficio. De cada categoría se analizan aspectos relevantes, extrayendo conclusiones relativas al sector profesional, la procedencia, la religión y el género de quienes empuñaron la pluma. De entre todos los documentos, veintisiete pertenecen a mujeres, una exigua minoría, pero suficiente para aportar información valiosa sobre la alfabetización femenina. Entre los casos expuestos destaca el de Jerónima Galés, tipógrafa valenciana que estuvo al frente de una imprenta durante las décadas centrales del siglo xvi. Otro análisis interesante es el de los textos de autores con un conocimiento elemental, únicamente escribían cuando se veían forzados a ello por causas administrativas, su texto era básico, sin abreviaturas y, a menudo, memorizado, de forma que no sabían escribir otra cosa que su firma o textos simples. Ante la dicotomía de considerarlos letrados o analfabetos se opta por denominarlos semialfabetizados. En una sociedad profundamente analfabeta estos conocimientos elementales les permitían diferenciarse del grueso de la población.

El quinto capítulo resuelve la pregunta que se ha ido conformando durante la lectura de los apartados anteriores, ¿qué grado de alfabetización presentaba la sociedad valenciana en el período estudiado? La respuesta no está exenta de debate y necesitada de matices, y el autor es consciente de ello. Una parte importante de los considerados alfabetizados únicamente poseía conocimien-

tos elementales; no obstante, se puede dar un dato aproximado. En el Reino de Valencia, un 10,5% de alfabetizados frente a un 89,5% de iletrados; y en la capital, de las 40.000 personas que vivían intramuros, alrededor de 4.200 tendrían conocimientos de lectoescritura en distinto grado. Lógicamente, la distribución de los alfabetizados en el territorio era muy desigual, los centros administrativos grandes y medianos, como Valencia, Játiva o Orihuela, concentraban la mayor parte de letrados mientras que las zonas rurales estaban sumidas en un desierto de letras.

Finalmente, el epílogo sirve para hacer una reflexión en clave actual. Mirar hacia atrás es un ejercicio necesario para comprender el presente y alcanzar a entender, por ejemplo, las consecuencias derivadas del uso cada vez más residual de la escritura con tinta. Las nuevas tecnologías eliminan las características personales en la escritura creando un estilo homogéneo. Obviamente, también tiene consecuencias en educación. En los actuales tiempos de reforma educativa, el libro cobra especial relevancia. ■

Guillem Roca Cabau

Universitat de Lleida

ORCID 0000-0002-2466-7964

Rafael Massanet Rodríguez, ed. *La medicina en la Edad Moderna desde el prisma de las Humanidades*. Berlin-Boston: De Gruyter; 2023, 392 p. ISBN: 978-3-11-099095-9. 120 €

For a long time, in Spain as in Italy and in other countries, the history of medicine was considered to be the preserve of retired doctors, famous surgeons and erudite professionals—from apothecaries to hospital managers—who went on reconstructing the history of their professions. Their work was based, on most occasions, on a rather irregular knowledge of the methods and objectives of historical research. While the history of science could be left without fear of error to the care of philosophers or, in some select cases, historians, medicine enjoyed (suffered) a “suspended” status. This ambiguity was reinforced by a commitment to a version of modern medicine that placed the clinic, the doctor-patient relationship, and in many cases a religious interpretation of the doctor’s “mission” at the centre of the scene, namely, to comfort and encourage, to heal both body